

d e b a t e

La guerra que todos jugamos

Lidia Agazzi

De las tortugas Ninja al noticiero de la guerra, sin olvidar a Rambo, la violencia fascina. El tema es siempre el mismo: los buenos, los malos y las aventuras del héroe, con el que inevitablemente nos identificamos porque él sí (y nosotros con él) le va a hacer el quite a la muerte; él sí sobrevive.

Desde el televisor jugamos a la "Gran Guerra". Primero con espanto, luego con indiferencia, porque finalmente a todo uno se acostumbra en la vida y, muerto más o muerto menos ¿qué le quita o qué le pone al universo de nuestra cotidianidad? Jugamos a la guerra, y los niños con nosotros.

Pero de Snoopy jugando al Barón Rojo, a la guerra del Pérsico, hay una brecha: esa fundamental "pequeña diferencia" que los medios de comunicación anulan al mostrarlo *todo*, como si dentro de ese *todo* pudiera haber el vacío de la muerte, o el horror de lo que el hombre es capaz de hacerle a otro hombre en la realidad, y no sólo con la imaginación. Si saltamos con tanta facilidad esa brecha, tal vez sea porque lo siniestro, como Freud lo describiera en su famoso artículo, no es más que la otra cara de lo familiar. Tal vez porque la violencia en sus formas más abiertas y más sutiles, ella sí es el pan nuestro cotidiano. De ahí la pregunta ¿qué guerra es la que todos jugamos? y ¿qué guerra jugamos con los niños?

- "Si te portas bien, la maestra te pondrá la estrella en la frente". (Ya tenemos a nuestro héroe en la escuela).- "Y qué es portarse bien, mami?".- Obedecer a la maestra".

- "El soldado no piensa, obedece", reza el dicho militar. (Ya tenemos a nuestro héroe marchando).

Sin soldados no se hace la guerra, y los soldados no se hacen sólo en el colegio militar. También se hacen en nuestras casas, y en la escuela, cada vez que anulamos en el otro su capacidad de disentir, de pensar por sí mismos, de pensar diferente.

Promover entonces la responsabilidad de cada uno ante los otros no "en la debida obediencia", sino en la posibilidad de manifestarse como sujeto pensante, como dueño de su decir, que a veces también es *decir no*.

"No a la guerra" es ante todo una propuesta de comunicación humana, el intento de tolerar diferencias sin coartar o violentar al otro en sus ideas; es también el desafío a los sistemas educativos militaristas que, en aras del bien de los más, anulan la voz de los menos. Decir *no a la guerra* es trabajar para el diálogo, y el diálogo empieza por casa.

Como decía Roberto, un niño "psicótico" (?) de 12 años: "Voy a soltar mi palabra, mi paloma". Está en nosotros dejarla volar en paz □